Franto INA

Año VII — Martes 3 de julio de 1973 — Nº 187 Precio: Eº 40.— en todo el país. en la Politica Strinallas Chilena

trabajadora tiene fuerzas suficientes

Una dictadura popular necesaria

*** "La base esencial del socialismo consiste en la abolición o transformación de lo que ahora se llama propiedad privada, planteando en su reemplazo la constitución de la propiedad colectiva o común".

LUIS EMILIO RECABARREN ("Recabarren, Obras Selectas", pág. 147. Quimantú, 1971).

¬ L compromiso esencial del programa ¬ de la Unidad Popular es "iniciar la construcción del socialismo" en Chile. Es este aspecto y no otro el que identifica al gobierno con los intereses de los trabajadores. La clase trabajadora, y en particular, la clase obrera, ha dado en el pasado reciente muestras indudables de apoyo al gobierno, basando ese apoyo, justamente, en la apreciación correcta de que el gobierno es un instrumento para luchar por la construcción del socialismo. En la medida en que ese instrumento, o sea el gobierno, sirve adecuadamente al objetivo superior de la clase obrera, la construcción del socialismo, ese instrumento se convierte en un arma en las manos del proletariado. Un arma no es un elemento que sirva sólo para defenderse. Su fi-nalidad precisa es la de servir para combatir. En el caso de la lucha de clases, aún con mayor razón, un arma es un instrumento para luchar por la conquista del poder. Aquí es donde se presenta una de las mayores interrogantes del proceso actual en nuestro país. ¿Hasta qué punto el instrumento-gobierno está sirviendo para luchar por la conquista del poder?

Mirando restrospectivamente, se pueden apreciar dos etapas bien características. En el curso del año 71, por ejemplo, el gobierno se aproximó bastante a la imagen de un arma en manos de la clase trabajadora para luchar por la conquista del poder. Durante ese año se impulsaron y llevaron adelante las realizaciones más importantes del gobierno. Ellas no sólo deben medirse en función de realizaciones de una Administración. Deben apre-ciarse más bien como la concreción, la puesta en práctica, de aspiraciones fundamenta-les de la clase obrera. Alli están, por vía de ejemplo, las nacionalizaciones de las riquezas básicas en términos compatibles con la dignidad de un país que fue prácticamente saqueado por el imperialismo norteamerica-no. Y allí están, además, las principales medidas adoptadas ese año para avanzar en la formación de un área de propiedad social en la economía. Los pasos que se dieron en ese período en materia de política industrial y agraria, revisten una enorme significación. Sin embargo, el curso ascendente en la utilidad del gobierno como instrumento para la lucha por el poder, fue declinando en significación, a partir aproximadamente del pri-mer trimestre del año 72. Es en ese período a comienzos de 1972, cuando comienza --por así decirlo— a mellarse el filo del arma que había logrado conquistar la clase trabajadora en las elecciones de septiembre de 1970.

EL VIRAJE DE LO CURRO

Deben recordarse los "cónclaves" celebra-dos por la Unidad Popular en el Arrayán y en Lo Curro, en particular este último. Fue en Lo Curro precisamente donde experimen-tó un viraje la política del gobierno. Logró imponerse una tésis que propugnaba la otorgación de cierto tipo de concesiones a la "burguesía nacional" para producir un entendimiento que permitiera crear una especie de tregua social. La lucha de clases había alcanzado ya un nivel muy alto. No sólo se aprobó en el "cónclave" de Lo Curro un cambio de la política económica del gobierno, sino que también se oficializaron los contactos que se mantenían de parte de algunos sec-tores de la Unidad Popular y del gobierno con representantes políticos de la "burguesia progresista". Ese sector de la burguesía estaba representado, y sigue estándolo —a ojos de algunos analistas del cuadro político chileno—, por el partido Demócrata Cristiano. No obstante, las resoluciones y los cambios en el terreno económico y los contactos, en el terreno político, no condujeron a los objetivos que calculaban los propugnadores de aquella tesis. El nivel de concesiones ofrecido a los sectores de la burgue-sia que aceptaran las "reglas del juego", no logró seducir a los empresarios a los cuales iba dirigido el mensaje amistoso. En cierto modo, fue quizás esa la última oportunidad que tuvo al menos la burguesía industrial, de tomar una opción en el proceso iniciado en 1970.

LA OPCION PERDIDA

Bien mirado, el programa de la Unidad Popular, en sus contornos generales, y aún cuando en lo medular plantea iniciar la construcción del socialismo, ofrece perspectivas concretas y prolongadas a una burguesia nacional. En efecto, el programa, en la redacción de cuyos aspectos económicos, particularmente, tuvieron gran influencia sectores políticos de la burguesía representados hasta 1972 en el seno de la Unidad Popular, deja abierta la participación en el proceso económico—y de una manera significativa—, a la burguesía productora.

Sin embargo, la burguesía que pudo tener

Sin embargo, la burguesía que pudo tener un papel descollante, por así decirlo, en un proyecto imaginado como de liberación nacional y de desarrollo pleno de las fuerzas económicas, no aceptó entregar su aporte a ese proceso al que se le invitaba. La ausencia de una auténtica burguesía nacional—imaginativa, independiente y aún antagónica al imperialismo—, volvió a quedar de manifiesto en el caso chileno, confirmando la regla latinoamericana. Nuestra burguesía, en efecto, está penetrada hasta el tuétano por el imperialismo, mal que se acentuó de manera notable en el decenio anterior a la conquista del gobierno por la Unidad Popular. De modo que los "ganchos" introducidos en el programa por los agentes políticos que hoy integran el llamado partido de Izquierda Radical (PIR), no surtieron efecto en la medida que la presión de la lucha de masas mantuvo vigente el compromiso sustantivo: iniciar la construcción del socialismo, impo-

niendo además la expropiación sin pago de indemnización de las minas de cobre explotadas por los yanquis. El PIR terminó por trasladarse del gobierno a la oposición, los norteamericanos cerraron a piedra y lodo las esclusas de los créditos (salvo para la venta de equipos a las fuerzas armadas) y la "burguesía nacional" cesó de invertir, reduciendo así la producción, y trasladando sus capitales a un área de su exclusiva maniobra: la especulación y el mercado negro.

La línea de repliegue que se impuso en Lo Curro tuvo un efecto inesperado: incitó

La línea de repliegue que se impuso en Lo Curro tuvo un efecto inesperado: incitó al avance de los reaccionarios. Ese "cónclave" de la UP fue el antecedente directo de la borrasca julio-septiembre de 1972, que engendró el diluvio patronal de octubre.

BUSCANDO UN "RESQUICIO"

Octubre de 1972 se ha convertido en la divisoria de aguas en el proceso chileno.

Es en esa experiencia donde las clases adquieren plena conciencia del carácter de la lucha entablada en el país. En la medida en que la lucha de clases fue tomando niveles definitorios, se hizo cada vez más imposible levantar una alternativa de centro. Un elemento artificial (la incorporación de las fuerzas armadas al gobierno en el período noviembre-marzo), trató de jugar ese rol. Pero no tuvo más efecto que dilatar los plazos del combate social sin estructurar un proyecto político perdurable. Nadie ignora hoy que el tranquilizante administrado por vía castrense, sólo produjo un efecto transitorio, carente de toda relevancia medicinal.

El reordenamiento electoral de marzo llevó a una alineación de las instituciones del Estado que debe acompañar a la Unidad Popular por el resto del período presidencial. Cámara de Diputados y Senado controlados por holgada mayoría opositora; Tribunales y Contraloría en firmes y avariciosas manos reaccionarias.

La compacta linea opositora que el gobierno de la UP tiene ante sí, obliga a la búsqueda incesante de resquicios a través de los cuales deslizar algunas medidas que impidan el colapso de la Administración. Pero ese juego al comienzo inocente y hasta entretenido, en cuanto convertía la lucha política en un torneo de ajedrez, ha agotado casi todas sus posibilidades. Hoy no cabe duda de que Parlamento, Tribunales y Contraloría están dispuestos a no dejar "pasar una" al gobierno de la UP.

Sin embargo, la institucionalidad burguesa protege a quienes, como el partido Nacional, sostienen públicamente que "nadie está obligado a respetar ni obedecer a un gobierno que deja de ser legítimo", anticipando que el Congreso "deberá... considerar la ilegitimidad de ejercicio en que... ha incurrido el gobierno de la Unidad Popular" (1). Esa declaración del PN —que fue ambientada previamente por documentos muy parecidos del Parlamento, la Corte Suprema y la Contraloría—, habría merecido en el pasado duras

MALOS PASOS ...

por Penike



DOÑA SUPREMA: Bueno, Dunny Mercurio... ¡Ya estamos a mano!...

sanciones. Sin embargo, hoy, un partido de la burguesía puede impunemente pronunciarse por la desarticulación del "estado de derecho", que ya no sirve por completo a sus fines.

LA DEBILIDAD DE LA BURGUESIA

Lo que sucede, en el fondo, es que la burguesia en nuestro país sufre una enorme debilidad real, situación que la clase obrera no ha podido aprovechar por falta de una conducción revolucionaria adecuada.

La burguesia chilena es dependiente en alto grado, tanto del imperialismo como del aparato del Estado. Si bien es cierto que fue esa clase la que moldeó el Estado a su imagen y semejanza, el cordón umbilical entre la clase y el Estado no se cortó jamás. Dicho de otra forma: la burguesia pasó a ser tributaria de su propio engendro institucional. Este adquirió vida propia y más vigorosa. De esta manera, la clase que creó las formas de Estado que actualmente conocemos, puede ser estrangulada por su propio hijo.

Nuestra burguesia depende del Estado para casi todas sus manifestaciones vitales, así como el Estado en sus manos dependia por completo —a su vez— del imperialismo norteamericano.

El desarrollo industrial —por ejemplo—, que cobra impulso a partir de la década del 40, se tuvo que hacer previa creación de un instrumento estatal ad hoc: la Corporación de Fomento. Lo mismo, aunque en menor escala, ocurrió respecto a la burguesía agraria.

Los partidos obreros fueron los más entusiastas defensores de la tesis de poner al Estado al servicio de la formación y desarrollo de una burguesía nacional. En beneficio

⁽¹⁾ Inserción del PN en "El Mercurio", 20-6-73. La Corte de Apelaciones libró de toda responsabilidad a ese periódico en la publicación del manifiesto sedicioso del PN.

de estos partidos hay que observar que en esos años se combinaban dos factores que los arrastraban a actuar en apoyo de la burguesía, entregándole gratuitamente la hegemonía política. Por una parte, aun cuando la experiencia de la Revolución de Octubro había refutado enérgicamente ese pensamiento, aún persistía la creencia de que una condición indispensable para la victoria revolucionaria era que el proletariado llegara a ser la mayoría de la población y que, por lo tanto, era necesario desarrollar al máximo el capitalismo para hacer emerger así una fuerte y cohesionada clase obrera. La revolución bolchevique de 1917 echó por el suelo esa tesis que pasó a ser la raquítica herencia del socialismo reformista.

No obstante, la aparición del fascismo y el reflujo revolucionario en Europa, y la conducción que se asentó en la URSS a partir de 1924, que volcó los esfuerzos a la tarea de la construcción del socialismo en ese país, reverdecieron los antiguos laureles reformistas. El "frente populismo" —traumatizado por la experiencia española— alcanzó niveles insospechados de colaboración de clases. En América latina, particularmente, alcanzaron enorme influencia, tesis liquidacionistas del movimiento obrero revolucionario, como las de Earl Browder, el jefe comunista

norteamericano.

Otro factor que pesó en el cuadro chileno de la década del 40, fue la relativa fuerza de la socialdemocracia, representada entonces por un naciente partido Socialista. El PS del Frente Popular no es ni la sombra del PS de la Unidad Popular. Ese partido, que hoy actúa en general como un contrapeso revolucionario en el seno de la alianza politica que está en el gobierno, profesaba en aquella época, tesis que en nada se diferenciaban del más puro reformismo, teñidas además por una profunda desconfianza hacia el movimiento obrero y comunista internacional.

Esta combinación de elementos objetivos, llevó a que en ese período histórico la clase obrera y el campesinado chileno fueran subordinados a los intereses de una burguesia a la que la propia izquierda invitó a desarrollar el capitalismo, elevándola por sobre los escuálidos moldes de la minería, el comercio, la banca y el latifundio, que eran hasta entonces su actividad principal.

El Estado adquirió, a partir de entonces, su máximo dinamismo al servicio de la clase que lo había creado. Con el sacrificio de todos los chilenos se echaron los cimientos

de la industrialización.

Sin embargo, en la misma medida en que la burguesía aprovechaba en su favor todos los resortes estatales, se hizo más dependiente del Estado y, por lo tanto, más vulnerable. El desarrollo industrial subsidiado por el Estado, los precios "remunerativos" para la producción fabril y agropecuaria, los avales del Estado chileno para los préstamos extranjeros, el proteccionismo aduanero y cambiario, las tarifas reducidas de servicios, los créditos asegurados y a bajo interés, el blanqueo periódico de capitales, etc., conforman la gorda nata en que ha vivido y se ha desarrollado —como un satisfecho parásito— la burguesía en Chile.

LUCHA DE CLASES Y PODER REVOLUCIONARIO

Pero la historia no ha transcurrido en vano. Ya en 1910, Recabarren enseñaba: "Las clases existen. Son un hecho. Desde que existen clases existe lucha entre ellas. Esta lucha se ha hecho inevitable ya y más intensa cada día que transcurre". A poco más de sesenta años de escritas esas frases por el maestro de la clase obrera chilena, los trabajadores saben que esa lucha sólo puede terminar con la victoria de una de las clases en pugna. Hay, además, toda una experiencia revolucionaria internacional acumulada.

Todo ello conduce a la clase obrera chilena a plantearse hoy seriamente la cuestión del poder. Para ello ha estructurado una alianza que es real con el campesinado pobre y otras capas explotadas de la sociedad, además de

la intelectualidad revolucionaria.

Las condiciones son favorables para avanzar hacía el poder. Está meridianamente claro, a estas alturas, que el intocado aparato institucional es un zapato chino que no permite crecer el impulso revolucionario de los trabajadores.

Hace falta quebrar ese cascarón que es más bullicioso que sólido. Para eso hace falta una dictadura popular que, no siendo precisamente la dictadura proletaria, lleve adelante tareas de construcción socialista y que permita modificar en forma absoluta la superestructura institucional, reemplazándola por una que se ajuste como guante a la mano proletaria.

Como hemos venido sosteniendo, se trata de crear un poder revolucionario lo suficientemente fuerte como para vencer los obstáculos que hoy mantienen casi inmovilizado el

proceso abierto en 1970.

Pero ese poder revolucionario, basado en la fuerza organizada de las masas, no sólo permitirá avanzar y recuperar con ello la confianza en si misma de la clase trabajadora. Además, por la fuerza expansiva de su acción, hará irreversible este proceso. No se estará a merced de la disputa que mantienen las fracciones burguesas sobre si intentan ahora o más adelante el derrocamiento del gobierno, o si esperan a derrotarlo "democráticamente" en 1976.

DICTADURA POPULAR Y FF. AA.

En la instauración de una dictadura popular, donde los sindicatos, la CUT, los Comandos Comunales de Trabajadores, las JAP, los Cordones Industriales, y demás órganos de poder popular desarrollen toda su capacidad de conducción, juegan un importante papel los soldados.

Las fuerzas armadas necesitan —como otros sectores de la sociedad susceptibles de ser ganados a la causa revolucionaria—, ver en el proletariado una fuerza homogénea y decidida a cumplir su objetivo histórico.

Las vacilaciones, las actitudes conciliadoras con la burguesía, los melindres para aplastar la actividad contrarrevolucionaria, sólo pueden producir en las fuerzas armadas un estado susceptible de fortalece: el equívoco rol de "árbitros" del conflicto social y de factor que garantice el "estado de derecho".

Para la clase obrera, las fuerzas armadas son un aliado potencial cuya colaboración hay que buscar sistemáticamente. En ese sentido, nada más positivo que incorporar a los soldados con iguales derechos y deberes que obreros y campesinos a un proyecto de desarrollo político y social democrático, que tenga como expresión concreta una dictadura popular, para iniciar la construcción del socialismo.

Los afanes conspirativos de la derecha, que sólo aspira a utilizar a las fuerzas armadas para que en su nombre recupere todo el control del aparato estatal, no han tenido éxito hasta ahora.

Durante más de medio siglo, las fuerzas armadas fueron usadas por la burguesía en provecho propio, tal como otras ramas del Estado.

La burguesía (también en este sentido) está impedida de usar el aparato armado del Estado como lo hacia antaño. Aparte de que no tiene el acceso completamente libre a las fuerzas armadas que le proporcionaba el dominio del gobierno, es casi imposible que pueda hacer tirotear impunemente al pueblo sin provocar un enfrentamiento generalizado, en el cual la primera gran fractura la experimentarían las propias fuerzas armadas.

Esta situación aumenta la debilidad actual de la burguesía. Su verificación debería servir, por añadidura, para llevar adelante sin más dilaciones la instauración de una dictadura popular apoyada en el poder revolucionario de las organizaciones de masas, acrecentada su fuerza por la incorporación de los soldados.

Visibles manifestaciones de descontento en las fuerzas armadas, por la crisis económica, que han sido confirmadas oficialmente en la rama aérea, pretenden combatirse por el simple expediente de mejorar los sueldos. Nada más peligroso que retornar al sistema del halago por el trato excepcional en materia de remuneraciones. Eso deja a las fuerzas armadas de modo permanente al margen del proceso revolucionario. Las penurias económicas en las fuerzas armadas, que afectan de modo singular a los suboficiales y soldados, deben ser tratadas en el marco de una política global de ataque concertado de trabajadores y militares contra el sistema social, político e institucional que permite la existencia en Chile de una clase privilegiada.

LA GRAN FUERZA PROLETARIA

A pesar de la escasa magnitud del área social de la economía, que es donde con mavor fuerza puede revelarse la capacidad dirigente de la clase obrera; a pesar de la deficiente (y casi inexistente) experiencia de dirección y control obrero en la industria; a pesar del peso enorme de la inflación, el mercado negro y la especulación sobre las espaldas de la clase trabajadora, la gran fuerza del proletariado chileno se está manifestando de manera inequívoca.

El viernes 15 de junio —por ejemplo— improvisadas brigadas obreras, apoyadas por estudiantes, barrieron de las calles de Santiago a los guardias blancos del fascisco. Allí, en ejemplar muestra del internacionalismo



Dictadura popular piden las masas.

revolucionario, cayó abatido el estudiante brasileño Nilton Da Silva. El jueves 21 de junio, convocada por la CUT, una impresio-nante masa obrera desfiló en Santiago, Valparaiso, Concepción y otras ciudades. Esas manifestaciones donde la clase obrera demostró que es capaz de concitar en torno suvo a vastos sectores populares, tuvieron un sentido bien preciso. Revelaron el incesante crecimiento del nivel de conciencia revolucionaria. No fueron mitines de apoyo a una persona y ni siquiera al gobierno en los términos abstractos de un apoyo incondicional. Fueron, por el contrario, manifestaciones elocuentes del espíritu de lucha de la clase trabajadora que, a través de sus consignas, ha ido recalcando cada vez más su voluntad de avanzar y ejercer sobre la reacción la mano firme de su dictadura de clase. El gobierno, sin duda, ha puesto el oído sobre esa realidad palpitante que ruge en las entrañas de cada movilización de masas. La consigna de crear un poder popular que rebase la autoridad del poder burgués, por ejemplo, ha sido formalmente escuchada en la medida que ese justo planteamiento ha ido prendiendo en las masas, siendo hoy un planteamiento mayoritario.

Pero eso mismo está indicando que es la propia clase trabajadora, a través de sus organizaciones, la que debe elevar de la categoría de consigna a la de una realidad acabada la creación del poder revolucionario. Corresponde dar un salto cualitativo en la lucha de masas que lleve a estructurar, como ariete del poder revolucionario, una dictadura popular enérgica, resuelta y avanzada. Romper ahora el esquema institucional burgués es una cuestión imperiosa. La misma debilidad objetiva en que se encuentra la burguesía, paradójicamente, se convierte en su mayor fuente de fuerza. Como animal acorralado extrae de su propio pánico la fuerza que le puede permitir revertir la situación. En favor de ella juegan la indecisión y la desconfianza en sus propias fuerzas para acometer contra su enemigo mortal que se observa en algunas fuerzas de izquierda.

MANUEL CABIESES DONOSO